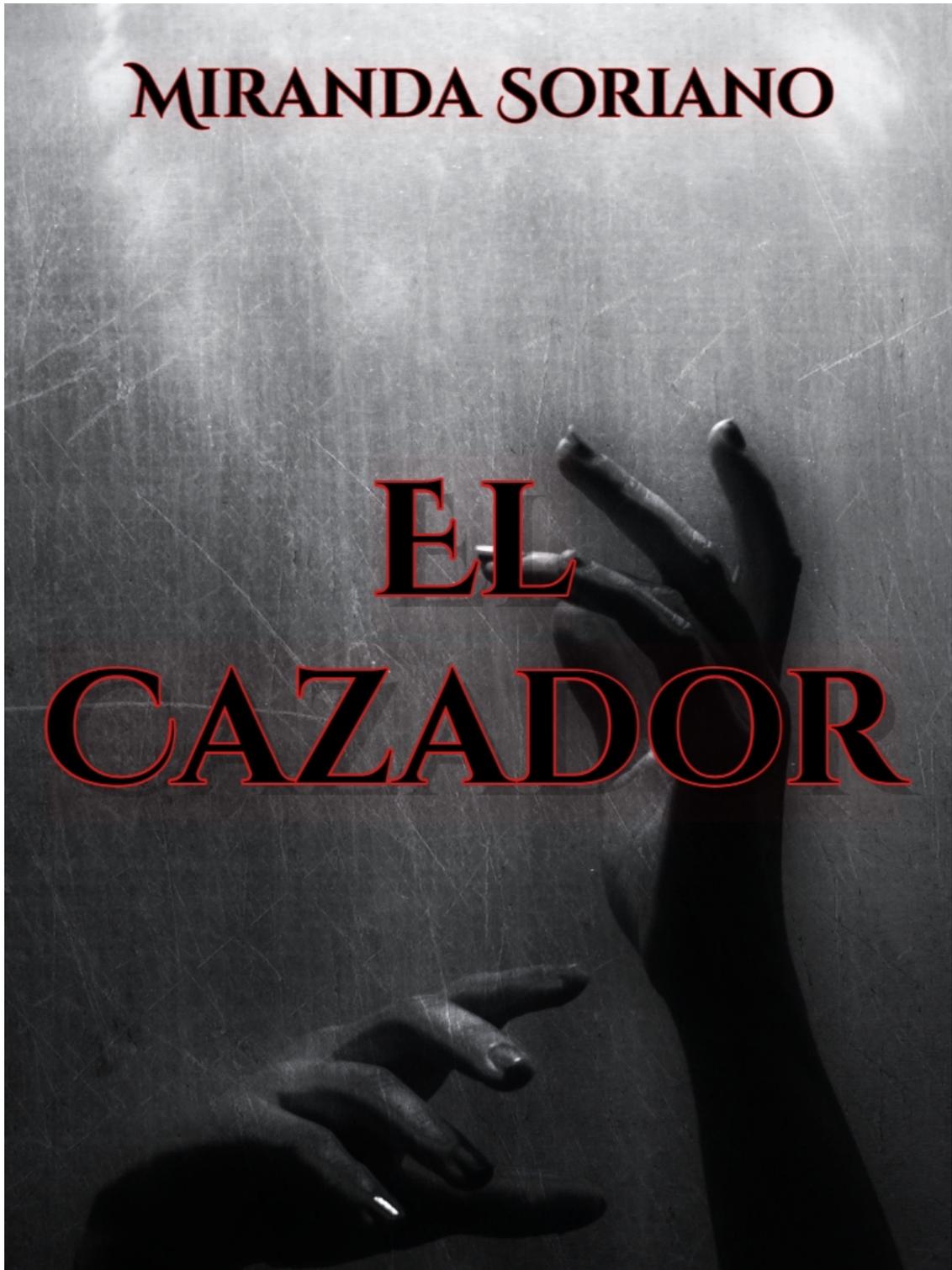


El Cazador

Miranda Soriano



# Capítulo 1

## 1. Max

Los tonos cálidos que la lucecita de noche reflejaba sobre las paredes hacían un brutal contraste con las violentas sombras, proyectándose en todos sentidos.

Era entonces cuando aquellos gritos suplicando por piedad transformaban la escena en algo parecido a un círculo del infierno; chillidos que constantemente se volvían más y más inentendibles, golpes duros contra carne tierna, escondidos del resto del mundo.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —chilló, con la garganta ardiendo y el cuerpo entero sumido en un profundo dolor—. Por... Por favor, perdóname...

Ya había dejado de intentar zafarse y escapar, y tras pocos segundos sintió que lo soltaban y lo arrojaban contra la cama del fondo.

Max se hincó sobre esta, temblando sin control y llorando ahora en total silencio.

Era un pequeño de 7 años, de cabellera rubia desordenada y ojos celestes inyectados en sangre. Sus mejillas y nariz estaban enrojecidas por el llanto mientras su menudo cuerpo era asaltado por escalofríos.

Dejó escapar un gruñido adolorido mientras intentaba alzarse los calzoncillos y el pantalón del pijama con una mano, entretanto la otra secaba sus lágrimas.

Sus heridas frescas trazaban líneas rojas y moradas sobre sus nalgas y espalda baja, e incluso unos azotes habían alcanzado a lastimarle los hombros. A pesar de que no podía verlas, sentía cómo ardían y punzaban ferozmente. Su pijama quedó manchada de carmesí.

Dante le devolvía la mirada con un pronunciado ceño fruncido, haciendo que Max se quedara petrificado, como si estuviese mirando al vacío, encarando una entrada directa a un universo de perversión y maldad. Conservaba el grueso cinturón aferrado a la mano derecha. Su cabello alborotado tanto como aquella respiración irregular que soltaba con gruñidos le hacían creer a Max que aquel hombre iba a lanzarse sobre su cuello en cualquier momento.

—Perdóname —dijo, apenas escuchándose a sí mismo.

Dante permaneció en la misma posición, como un depredador asegurando

su futura comida.

Pasados eternos segundos, sus músculos comenzaron a relajarse y el instrumento de tortura cayó a la alfombra. Dante dejó su posición encorvada y, lentamente, se apartó los mechones de cabello castaño que le caían cerca de los ojos, cautivado por la mirada aterrorizada de Max.

Él apenas se dio cuenta de que Dante estaba por sentarse a su lado, pues su mirada seguía fija en aquella tira de cuero. Parpadeó al darse cuenta de que sobre la alfombra había gotitas de sangre, deslizándose desde la hebilla del cinturón.

Se tambaleó hacia atrás al sentir que la cama se hundía junto a sí, cayendo sentado sobre la colcha. Gruñó sintiendo incontables punzadas de dolor recorriéndole el cuerpo mientras Dante se limitaba a observarlo. Alargó una mano hasta su hombro y lo obligó a acercarse; Max volvió a lagrimear, sin tener idea de lo que pasaría a continuación.

—¿Has aprendido tu lección? —dijo al fin, acariciando y estrujando el hombro de Max —. ¿Hmm?

—S... Sí —asintió, aunque en verdad no tenía idea de a qué se refería.

—Entonces no volverás a intentar escapar, ¿verdad? Ya no me volverás a mentir. Prométemelo.

—... ¿No? No... —dijo, pero al notar un leve ceño fruncido en la expresión de Dante, se corrigió al instante —. Quiero... Quiero decir, no. No... No lo haré otra vez. Te... Te lo prometo.

—Buen chico —sonrió, acariciándole una mejilla y observándole con una mirada de puro amor, como si hace segundos no hubiese disfrutado de escucharlo gritar y chillar —. Max, no me puedo enojar contigo. Eres demasiado adorable. Tanto, que me dejas sin habla.

Max apartó la mirada, sintiendo que su cuerpo entero estaba envuelto en llamas, gritando en agonía, mientras su mente se torturaba a sí misma por no lograr entender nada del todo. Dante lo tomó por la barbilla y le hizo volver la mirada hacia él.

—Nunca me ha gustado golpear a los niños, ¿sabes?

Soltó una risita extraña y comenzó a acercarse lentamente hacia Max. Él cerró los ojos, sintiendo cómo Dante depositaba un beso en su frente, cargado de una clase de amor tan enfermizo que lo pudo percibir hasta los huesos. Ni siquiera pensó en luchar pues temía otra reprimenda.

Tembló de alivio cuando Dante por fin se separó y continuó hablando.

—Pero... Mírame. Debo lastimarlos si me desobedecen, así es como aprenden —asintió para sí, y con el pulgar limpió las lágrimas de Max —. Te dejé pasar muchas cosas, pero no puedo permitir que siquiera te atrevas a pensar en dejarme. No tú.

Max volvió a parpadear, pues era lo único que podía hacer al sentirse tan confundido. Tragó saliva y dejó que su mirada vagara por la habitación, pero al volver a ver la alfombra, fijó los ojos en sus manos, que temblaban sin cesar. Entonces Dante pareció entender su confusión y soltó una carcajada.

—Pero si apenas llevas aquí seis días, ¡lo olvidaba! Siempre haces esa cara cuando hablo de otros niños, tan inocente y confundido —jugueteeó con su cabello —. Apenas nos conocemos, ¿verdad?

Max asintió porque presintió que eso es lo que Dante quería.

—Error —dijo, y Max levantó la mirada. Dante le sonrió —. Tú apenas me conoces a mí, no tienes idea de quién soy. Pero yo a ti, ¿cómo decirlo?

Mientras pensaba en las palabras adecuadas, una sonrisa enorme comenzó a formarse en su cara, haciendo que sus ojos se llenaran con una maldad inconcebible. Max se abrazó a sí mismo y alzó los hombros para protegerse el cuello de forma inconsciente.

—Yo a ti ya te había acechado. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que... Significa que me... Que me espiabas. ¿Algo...? ¿Algo así?

—¡Muy bien! Qué listo eres —le dio un toquecito en la punta de la nariz y, acto seguido, se levantó para dirigirse al fondo de la habitación, donde había un par de muebles —. Te espiaba, así es, pero... De una forma más retorcida.

Max, de nuevo, sentía que no entendía nada.

—Soy una de esas personas de las cuales tus padres te dijeron terribles verdades.

¿Qué estaba diciendo ahora?

Dante hurgó dentro de varios cajones buscando sólo Dios sabía qué objeto, mientras Max lo miraba, exhausto ya al no ser capaz de encontrarle sentido a las cosas.

Por supuesto que no entendía nada, mierda, ni siquiera sabía para qué diablos le serviría escuchar lo que sea que ese asqueroso hombre tuviera que decir; pero eso no impedía que su terror creciera hasta sentirse como un hormigueo incesante en todo el cuerpo. Eso, junto con su espalda y trasero heridos, las muñecas y los hombros entumecidos, y la cabeza llena de preguntas, le hacían sentir que podía desmayarse en cualquier momento.

Perder la conciencia por puro miedo... ¿Era posible?

## Capítulo 2

### 2. Dante

Hacía seis días, Max había despertado dentro de esa habitación extraña, con la cabeza dándole vueltas y los ojos tan adoloridos que no lograba enfocar nada de lo que le rodeaba. Se sintió adormecido y atontado, incapaz incluso de moverse sobre aquella cama en la que nunca había estado.

Comenzó a pensar, intentando recordar por qué se encontraba en ese lugar, pero lo único que lograba recordar era haber salido de la escuela. Pánico comenzó a llenarle la cabeza. Sí, salió de la escuela, yendo solo como lo hacía todos los días, pero... ¿Eso hace cuánto había sido? ¿Cuánto tiempo llevaba dormido?

Miró a su alrededor sin tener sentido de la orientación, con la cabeza y la mirada yéndosele de un lado al otro, y lo único que pudo razonar antes de volver a caer dormido es que allí dentro no había ventanas. Despertó y volvió a caer en el sueño dos, tres, cuatro y cinco veces más en su empeño por intentar levantarse de aquella cama.

La sexta vez pudo despertarse normalmente, usando todos sus sentidos. Fue entonces que se dio cuenta de que se encontraba encadenado a los barrotes de la cama por unas gruesas cadenas que le rodeaban ambas muñecas. Max se incorporó, sintiendo que un vacío se formaba en su pecho, mientras observaba que las cadenas eran largas pero no lo suficiente como para permitirle avanzar dos pasos más allá de la cama.

Bajó de esta y tiró de las cadenas tan fuerte como pudo, pero ni estas ni los barrotes cedían, y la cama estaba inmóvil ante su desesperación; estaba ya sudando y jadeando cuando se dio cuenta de que no podría librarse. Se detuvo y se giró para ver su alrededor, como si lo hubiera hecho por la primera vez.

Era una habitación de mediano tamaño, con paredes de tono durazno, muebles, una alfombra, y dos puertas. Una de estas se encontraba a varios pasos de la cama, al lado del ropero, y la segunda parecía muy pesada; estaba al fondo, y tenía por lo menos tres cerraduras diferentes.

No había ventanas. No había escape.

Su miedo tomó forma de llanto, y este no se detuvo hasta casi una hora más tarde, cuando alguien comenzó a abrir la puerta que tenía las cerraduras. Max aguantó la respiración y trepó de vuelta a la relativa seguridad que le daba la cama. Se acurrucó contra la pared, abrazándose

las piernas.

La puerta se abrió, revelando detrás a un hombre alto de unos veinticinco años, con cabellera larga y mirada enigmática. Iba vestido de manera extraña, con todas sus prendas holgadas y manchadas, y hasta rotas.

Max se quedó congelado, impidiéndose a sí mismo parpadear aún si sus ojos lagrimeaban con más fuerza por ello. El hombre entonces le sonrió, acercándose a la cama. Max pegó un respingo.

Se plantó delante de él para luego doblarse por el estómago, y tener a Max tan cerca hizo que su mirada se iluminara.

—Hola, Max —dijo, conteniéndose de abrazarlo con todas sus fuerzas —. Me llamo Dante, pero de ahora en más puedes decirme papá.

Durante esos seis tormentosos días, Max no lo llamó de esa manera ni de ninguna otra, pero comenzó a acostumbrarse al extraño trato que le daba y aprendió que lo había traído a ese lugar para quedarse con él.

Como a un juguete nuevo.

Dante lo trataba como al bebé que jamás había podido tener y como al amante prohibido que temía manchar con sus manos seguramente ya corrompidas.

Con el pasar de los días, Max se dio cuenta de que Dante tenía ropa y juguetes en los muebles de la habitación, los cuales le prestaba cada que creía era el momento apropiado. Fue bizarro enterarse de que aquella segunda puerta era en realidad un pequeño baño que Dante pretendía el chico usara como propio.

Tan sólo era liberado de las cadenas cuando debía ir al baño. Max tenía que hallar la forma de usar eso a su favor, o quizás jamás volvería a casa. Y lo intentó.

—¿Puedo...? ¿Puedo ir al baño? —dijo, mirando a Dante tan inocentemente como le era posible. También se había dado cuenta de lo ciego que él se volvía al verlo de esta manera —. ¿Por favor?

Dante lo recorrió con la mirada, como si la escena ante él fuese hipnótica, siendo presa de algún tipo de encantamiento mil veces más fuerte que su razonamiento. Sus labios se entreabrieron, necesitados del dulce sabor de las mejillas de Max.

—Por... Por favor —repitió —. En serio quiero ir.

Dante se apresuró a su lado, besándole las comisuras de los labios como si eso fuese menos atroz que arrebatarle un beso, y rebuscando en su pantalón las llaves que lo liberaban de las cadenas. El cuerpo de Max se llenó de adrenalina.

—Sí, cariño, lo siento —decía Dante, ignorando cómo Max mantenía la vista en la puerta de salida, abierta de par en par, dispuesto a echar a correr tan pronto fuera liberado —. Me distraje un poco, lo siento.

Las cadenas repiquetearon al caer al suelo y Max dejó de sentir aquella dura presión sobre sus muñecas. Parpadeó. De pronto su mente se había quedado en blanco, pero su cuerpo logró actuar antes de que se diera cuenta; saltó de la cama y se precipitó hacia la salida.

Gritó y lloró al escuchar cómo Dante lo maldecía, yendo tras él al instante.

Apenas Max atravesó el umbral se topó con unas escaleras empinadas que desaparecían en lo alto; alcanzó a subir tres escalones cuando sintió que le jalaban por el cabello. Gritó, zarandeándose para quitárselo de encima, pero Dante era demasiado fuerte, y estaba tan furioso como jamás lo había visto o escuchado.

Los gritos de ambos se confundían y chocaban, y terminaban por ser olvidados al instante.

Lo arrastró devuelta a la cama, luchando luego para colocárselo sobre las rodillas y terminar azotándolo mientras continuaba regañándolo a él y a sí mismo por ser tan idiota ante el chico del cual estaba tan enamorado.

Max sacudió la cabeza para olvidarse del pasado no tan lejano, y luego vio cómo Dante volvía a girarse hacia él tras haber encontrado lo que buscaba. Se sentó en la cama de tal forma que Max quedaba entre sus piernas. Dante sonrió como idiota cuando sintió su cuerpo temblar bajo sus dedos, y lo estrujó más contra sí para sentir su calor.

Entonces colocó ante ambos lo que traía en las manos: una gruesa carpeta. La abrió y comenzó a hojearla, revelando su interior. Contenía artículos y recortes de periódicos, páginas sueltas que habían sido impresas con más información e imágenes que Max no alcanzaba a ver, y fotografías a blanco y negro que mostraban caras borrosas.

¿Qué era todo aquello? Ni siquiera podía pensar con claridad, presa de escalofríos constantes al sentir la respiración de Dante contra la espalda.

—¿Alguna vez tus papás se sentaron contigo a hablar de lo cuidadoso que debías ser ante extraños? ¿De lo peligroso que era toparse con alguien que no conocías? —dijo Dante, pasando las hojas mientras esperaba una

respuesta.

Max asintió.

—Cuéntame lo que te dijeron... ¿Puedes?

## Capítulo 3

### 3. Presa

Max vaciló, pero acabó respondiendo.

—Dijeron.... Que no debía confiar en nadie —tragó saliva—. Me... Dijeron... Que no siguiera a nadie, ni hablara con nadie... Que no conociera.

—Buenos padres —interrumpió Dante—. ¿Te dijeron algo de la gente que se lleva lejos a los niños?

—Creo... Que sí. No recuerdo.

—¿No les prestaste atención? Uno siempre debe hacerle caso a sus padres, enano —dijo, y señaló varias fotografías en los periódicos—. Mira lo que pasa cuando no. ¿Ves? Acabas perdido, lastimado... O lejos de casa.

Max miró con más atención a todas las páginas que tenía enfrente, comprendiendo de a poco que lo que Dante decía tenía relación con los títulos en los periódicos: Niños desaparecidos, Gemelos encontrados a kilómetros de su hogar, ¡El terror de los padres! Etcétera, etcétera.

—... ¿Tú haces eso?

—Ya entiendes —dijo, dándole una palmadita en la cabeza—. Todos estos casos fueron muy famosos, todos fueron mi culpa.

—¿Famosos...? —murmuró para sí y Dante, a pesar de darse cuenta, lo ignoró.

—Hago cosas horribles, pero no es como que me importe. Y lo que más adoro es llevarme lejos a niños lindos como tú, Max, para que sean míos —dijo. Soltó la carpeta para rodearlo con ambos brazos—. Es extraño... No tengo idea de cuándo comencé a sentirme atraído por niños. Ni siquiera sé cómo es que me decidí a raptar al primero.

Paseó la mirada por la habitación, genuinamente extrañado por aquellos lejanos recuerdos, pero terminó por alzarse de hombros.

—Qué importa. Mierda rara le pasa a la gente todos los días, así que algo me tuvo que suceder para cambiar y volverme así, ¿no crees?

—... No sé.

Dante se rio, soltó un suspiro, y colocó su barbilla sobre la cabeza de Max.

—Cuando tenía como quince o dieciséis años mataba el tiempo paseándome por parques y escuelas, ya sabes, lugares donde hubiese niños. Sentía mariposas en el estómago al verlos jugar y reírse, ignorantes del mundo atroz que les rodeaba; lo gracioso es que, al comienzo, lo hacía por mero pasatiempo. Después... ¡Bueno! Las cosas cambian.

Mientras lo escuchaba divagar, Max alargó una mano hasta la carpeta. En las páginas ante sí había fotografías de chicos de su edad saliendo de la escuela o paseando tranquilamente. Todos tenían la desafortunada coincidencia de ir sin compañía.

—Comencé a seguir a los niños y las niñas que más tiernas me parecían. Para mi fortuna, la timidez siempre ha sido mi debilidad, es por eso que prefiero a los que andan siempre solos.

—Estúpido.

—¿Qué dijiste?

—Nada.

Dante volvió a reírse.

—¿Lo ves? Niñitos miedosos y vulnerables como tú me hacen perder la cabeza —dijo, dejando un rápido beso en su mejilla—. Me hacen querer ser padre para protegerles cueste lo que cueste. Pero... No. Prefiero adueñarme antes que proteger; por eso los traigo hasta donde nadie más que yo pueda saber que están.

Max trató de ignorarlo mirando las fotografías. Cambió de página y... Abrió los ojos como platos. Una, dos, tres docenas de fotografías suyas cubrían varias páginas de la carpeta, todas con fechas de hace seis meses o incluso más. Le dieron ganas de vomitar.

—¡Ah! —canturreó Dante, alargando una mano hasta colocarla sobre la de Max—. Encontraste mi pequeña mina de oro, ¿hm? Estoy algo orgulloso, ¿sabes? Llevo siguiéndote por mucho y nunca nadie se dio cuenta.

¿Nadie...?

¿Nadie se dio cuenta?

Nadie, ni siquiera Max.

—Te seguía a menudo desde la escuela a casa. Soy bueno, ¿eh? Desde que te vi, tan nervioso y extrañado por todo, me enamoré un poco.

Lo abrazó nuevamente, estrujándolo tanto que Max le pidió que lo soltara para poder respirar.

—Cada vez que te seguía, había otra cosa sobre ti que me cautivaba —continuó —; hubo una vez que te detuviste a atarte las agujetas, ¿te acuerdas? Ibas tarareando sin pensar en nada, y te sentiste tan orgulloso de poder atarlas que regresaste a casa dando saltitos, sin dejar de sonreír.

Max miró al suelo. ¿Cómo es que él no lo recordaba, pero para Dante parecía tan importante?

—Cariño —murmuró Dante —, no creo que tengas ni idea de cuánto te amo.

Le besó otra vez. Max ya ni siquiera podía temblar.

Dante tomó nuevamente la carpeta y siguió pasando las páginas en lo que parecía un silencio penumbroso. Tras unos instantes Max se dio cuenta de que Dante estaba susurrando sinsentidos.

—Mi vida... Mi bebé... Mi amor... Mi corazón. Primor... Dulzura... Encanto, cuánto te quiero. Cariño... Max, cómo te amo.

Las páginas continuaron pasando, Dante siguió susurrando, pero de pronto Max se olvidó de toda vergüenza o pavor cuando vio algo ante sí que le hizo alargar las manos. Dante dejó de pasar las hojas y observó cómo Max tomaba lentamente un trozo de periódico en forma de "L" invertida, que mostraba unas enormes letras rezando: El Cazador regresa.

Max frunció el ceño. Conocía la fotografía mostrada: un boceto de quien supuestamente era El Cazador, pues la había visto tiempo atrás en el noticiero que solían ver sus padres antes de irse a trabajar. Max supo que la persona plasmada en el dibujo debía ser Dante, pero había errores que no le harían posible a nadie identificar al Cazador verdadero.

Quiso sentirse enojado, molesto, resentido, pero entendía que la única fuente que quien hizo el dibujo debía tener eran niños como él: aturdidos y asustados.

—Estuviste... en las noticias —dijo al fin.

—Hace mucho tiempo, sí.

—El Cazador...

—Ese soy yo. Sabía que habías oído hablar de mí.

—¡Pero...! ¡Pero yo...!

—¿Qué? ¿No creías que yo fuera alguien así de famoso? Te lo dije, te dije que todas esas desapariciones y raptos lo habían sido. Han hablado de mí en las noticias... Pero a nadie parece preocuparle últimamente.

Porque pasó mucho tiempo sin molestar a nadie, pensó Max. Salvo por él, ahora.

—Habrás oído que soy muy peligroso, o que estoy loco —continuó Dante —, pero no les creas. No soy tan malo. Aunque es cierto que me molesto y me pongo violento, pero de ahí no pasa, ¿eh?

Max no dijo nada más; su garganta se había cerrado.

Había escuchado a los adultos decir que El Cazador era un total desquiciado. Les había oído decir que jugaba con los niños hasta que les transformaba la vida entera. Les había oído decir que jamás podrían volver a ser los mismos. Les había oído decir que tendrían traumas para el resto de sus vidas. Les había oído decir que se los llevaba por gusto y les hacía cosas horribles si se atrevían a desobedecerlo. Les había oído decir que los lastimaba por diversión.

Les había oído decir que devolvía a los niños cuando se hartaba de cuidarlos o cuando se había aburrido de escucharlos gritar y rogar.

—Dejo libres a los niños porque siempre terminan por fastidiarme —murmuró, como si le leyera los pensamientos—. A veces sus familias los encuentran y a veces no. A veces sus chillidos me molestan tanto que los tengo que callar de alguna manera.

La misma noche en que Max vio por primera vez al Cazador en las noticias, habían contado detalles que le dieron pesadillas; a un niño le había roto la mandíbula y había perdido varios dientes. A una niña le rompió varias costillas, dejándola llena de moretones, y su familia había contado que ahora ya ni siquiera hablaba o salía de su habitación. A otra, más joven, le rompió el brazo en tal ángulo que tuvieron que amputárselo.

Max comenzó a sudar copiosamente.

Los tenía que callar de alguna manera, había dicho. Sus chillidos llegaban a fastidiarlo.

—Pero a ti... Juro que no te haría daño, porque aprendiste tu lección, ¿verdad? Y te lo dije, no me gusta golpearlos, pero he de hacerlo si lo merecen.

Max dejó que el trozo de periódico se le resbalara de entre las manos para luego llevárselas al rostro, cubriendo el llanto que atronó dentro de él como un relámpago.

—Oh, shhh, shhh... —Dante le acarició el cabello—. Tranquilo, no pasa nada, ya no volveré a hacerte daño. ¿Adivinas por qué? Porque tú eres el amor de mi vida. Eres esa personita que estuve buscando desde el comienzo. Max...

Lloró y gimoteó, intentando que aquellas palabras no se volvieran ecos atroces dentro de su cabeza, pero no lo logró.

Los brazos que lo rodeaban se sentían fríos contra su piel, como nuevas cadenas atándolo al peor de los destinos.

## Capítulo 4

### 4. Cazador

Dante lo meció con calma, murmurando otra vez los apodosos que a Max lo tenían tan harto.

—Te dije que me llamaras papá por una razón, Max, ¿lo olvidas? Porque te vas a quedar aquí conmigo para siempre —dijo, besándole la coronilla—. No te voy a dejar ir como a los demás porque ya eres mío.

Max gritó y sollozó sin contenerse.

Quiso sacarse de encima esos largos brazos, pero sólo logró rasguñarlo y patearlo, gastando más lágrimas inútiles. La carpeta saltó de entre sus piernas y desparramó su contenido por el suelo mientras él no dejaba de moverse, ignorando todo el dolor que le carcomía el cuerpo y el corazón.

Dante lo abrazó sin ceder.

—Ya eres mío.

Nuevos gritos inundaron la habitación, haciendo ecos que se precipitaron hasta la puerta y no tuvieron oportunidad de alcanzar los oídos de nadie.

Al pie de las oscuras escaleras fue a parar una fotografía de Max viendo el cielo, ignorante del mundo atroz que personas como Dante creaban. A su lado había caído un recorte con dos palabras que lo sentenciaban.

El Cazador.